

LA FUNCIÓN POLÍTICA DEL CULTO

La fonction politique du tinte, Revue de Theologie et de Philosophie, 8 (1971) 65-79

Tesis fundamental

Para empezar nuestra discusión objetivamente y sin prejuicios apasionados, será muy útil recordar la significación del culto cristiano tal como aparece en los orígenes. Se puede decir, en primer lugar, que la comunidad palestina de los orígenes, considerada de forma histórico-objetiva, aparece como un grupo judío que, fuera de la fe en Jesús-Mesías, apenas se diferencia de su ambiente judío. Sin embargo, la proclamación de Cristo y la santa cena se convierten en seguida en el centro del culto cristiano. Por esto, no hay verdadero culto cristiano sin eucaristía y sin liturgia de la palabra, y esto implica una revolución cultural de enorme trascendencia, a pesar de que al principio apenas se distinguieran.

Para comprenderlo mejor, hay que recordar que los primeros cristianos no entendían su fe como una nueva religión o una nueva cosmovisión. No se trataba para ellos de proclamar un nuevo Dios o un nuevo culto. Eran judíos y continuaban siendo judíos. La nueva confesión de estos cristianos era que el Dios de Israel resucitó a Jesús de entre los muertos y el reino de Dios viene ahora a nosotros. Atestiguar esta novedad del Dios de Israel es lo propio del culto cristiano. Que sus formas provengan de la sinagoga o de los misterios griegos, en el fondo, tiene poca importancia teológica. Teológicamente sólo hay una cuestión importante: si, según la fe, el culto es un acto del hombre piadoso o hace presente la acción de Dios. Si el culto se entiende como una acción escatológica de Dios, no puede ser de ninguna manera una ceremonia por la cual se intenta influir en la divinidad por medios mágicos, rituales, legales o morales. El culto se convierte en una manifestación del reino que viene, que trae la liberación prometida. Este es el elemento revolucionario del culto cristiano. Pero aún hay otro elemento.

El culto cristiano de los orígenes se expresa de dos formas inseparables: la predicación de Cristo y de la santa cena. La santa cena se tomaba en un principio en el marco de una verdadera comida. Aquí encontramos también un elemento revolucionario de gran fuerza. Esto significa que la acción de Dios, el culto, se sitúa en el corazón de lo profano. En otros términos: lo que se debe comunicar en la santa cena -la participación en el acto salvífico de Cristo- se ha de realizar en la realidad terrestre y profana hasta en el acto físico de comer y beber. Así se comprende el culto en el NT: un acto de Dios que despliega sus efectos hasta en las cosas profanas y físicas más elementales.

En resumen: el culto cristiano auténtico aparece como un movimiento que nace de la acción de Dios; es un signo anticipador del reino de Dios, procede de arriba abajo, del interior al exterior, de lo espiritual a lo temporal. Esta es la tesis fundamental para todo lo que sigue.

Dimensión social del culto cristiano

Esta tesis fundamental no es una construcción arbitraria. La narración de Hch 6, 1-7 lo demuestra con la institución de los siete diáconos. En la comunidad de Jerusalén se ayuda a los pobres, y en especial a las viudas. Los Doce no pueden atender a este

servicio. Por esto, se termina estableciendo un nuevo ministerio: "la diaconía de las mesas", al lado del "servicio de la Palabra". A pesar del parecido del término, tal vez pretendido, este nuevo servicio no tiene el mismo sentido que la santa cena. Sin embargo, se le podría llamar una extensión de la santa cena a lo social. Así se añade al servicio de la Palabra y de la santa cena el servicio social para con los marginados, que también es un culto en la vida cotidiana del mundo.

Hay una lógica en el culto neotestamentario que tiende del interior al exterior, de la santa cena a los ágapes, y de los ágapes a la diaconía de la caridad hacia todos los que necesitan ayuda. Si la narración de Hch 6,1-7 no llega aún hasta aquí, muy pronto se llegará a esta formulación, como se puede ver en la primera apología de san Justino, mártir del s. II, al final de la narración de la eucaristía: "Los que están en la abundancia, dan como quieren. Se recogen estos dones y se llevan al que preside. Él asiste a los huérfanos y viudas y a todos los que lo necesitan". Esta cita de Justino nos da una idea clara de cómo la vida cultural produce su acción en la vida cotidiana. Así nació en la Iglesia la "diaconía" en el sentido estricto del término. Pero ahora no vamos a tratar de esta diaconía habitual, aunque nos servirá ciertamente para encontrar una nueva forma de diaconado, aún insólita, que ha aparecido recientemente. Se trata del "diaconado social o político", que se debería describir como la práctica de la Iglesia en materia de ética social.

Signo de una nueva relación con el mundo

El diaconado tradicional expresa el hecho de que no puede existir un culto cristiano a no ser que el hombre oprimido se transforme en un prójimo, se transforme en un Cristo a quien yo debo amar. Esta forma del diaconado está en conexión con la nueva relación interpersonal nacida de la fe y que se denomina amor.

Pero la fe vivida en el culto no invita tan sólo a una nueva relación interpersonal, sino también a una nueva relación con el mundo. Tanto como el amor, la esperanza integra esta fe: esperanza en la acción de Dios cuyo fin es el reino que ha de venir como cumplimiento de todas las promesas. Es precisamente la esperanza la que crea la convicción de que el *schéma tou kosmou*, la "forma", la "estructura" del mundo presente, ha de pasar (1 Co 7,31); este *schéma* que implica las estructuras de la sociedad y del Estado. Y precisamente, porque esta forma del mundo va a desaparecer, a medida que se cumple la obra de Dios, queda totalmente relativizado. Ni revolución ni conformismo. Por esto, Pablo, cuando habla de la *logiké latreia* (culto razonable), dice con energía: "No os dejéis absorber por el sistema del mundo presente, sino transformaos por la renovación de la inteligencia, a fin de que podáis discernir lo que es la voluntad de Dios" (Rom 12,2). Para Pablo depende del culto razonable (*logiké latreia*) el que la inteligencia se renueve y busque nuevas formas de vida cúlta, que no se orienten hacia las estructuras y valores de la sociedad establecida. Si la división estructural de la sociedad en oprimidos y privilegiados surge espontáneamente, la estructura de la comunidad cultural no debería dejarse determinar de esta forma. Hay criterios muy diferentes: "donde no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo" (Ga 3,28). Estas palabras no se deben entender como una declaración religiosa edificante, sino como una manifestación de lo que ha de venir: lo que aún no se ha realizado en la sociedad establecida, se debe realizar en la asamblea de la comunidad para significar que esta división de los hombres

es una injusticia que ha de desaparecer. Además, parece una consecuencia lógica del culto que este signo produzca sus efectos en el exterior, en el mundo, y se convierta en un factor de inquietud en el seno de las condiciones sociales injustas. Esto no quiere decir que la comunidad cultural deba construir el reino de Dios sobre la tierra, porque estas tentativas han degenerado siempre en simples dictaduras de Iglesia. Pero sí es misión de la comunidad cultural vivir una existencia orientada por la esperanza, y dar signos que cuestionen la aceptación incondicional de las estructuras del Estado, a fin de crear un espacio libre para los actos en favor del hombre oprimido. Ésta es una existencia que vive del amor, un diaconado en favor del hombre caído en el cuadro de la estructura de la sociedad; por esta misma razón es un diaconado que tiene una gran importancia en la ética social y en la crítica de la sociedad.

Hacia un diaconado social y político

La vida cultural cristiana se ha de realizar en la vida cotidiana del mundo, bajo la forma de un diaconado como concretización del amor. Pero nuestra vida cotidiana se llama hoy sociedad industrial. Esta sociedad se caracteriza especialmente por la falta de dimensión personal en las relaciones humanas. Los puestos de trabajo los ofrece hoy una persona abstracta, jurídica, bajo la forma de una sociedad anónima de accionistas, o bajo la forma de la burocracia del Estado, también anónima. Frente a una persona jurídica, no conduce a nada apelar al amor del prójimo, cuando las condiciones del obrero se deterioran en la sociedad industrial de hoy, sea capitalista o socialista, no por fallos de las personas físicas sino de las estructuras, de las instituciones y de los procesos económicos. Por eso, el diaconado personal, tal como se realizaba en otros tiempos, no puede aportar ahora una verdadera ayuda. "El amor pocas veces se puede realizar hoy día de forma espontánea e inmediata; primero debe encarnarse en las estructuras y procesos de nuestra sociedad" (Heinz - Eduard Tödt). Y esto sólo será posible por medio del diaconado social y político.

No se trata ahora de criticar los prodigiosos esfuerzos de tantas obras de beneficencia eclesiástica que luchan contra el hambre en el mundo. Pero, si nos limitamos a esto, lo más necesario, según los signos de los tiempos, queda por hacer. Esto supuesto, no puede haber compromiso diaconal en favor del hombre amenazado y oprimido en este mundo, si no se tiene en cuenta la dimensión socio-política.

Culto y compromiso

Recordemos una vez más que la política, entendida como un diaconado, es una crítica de la sociedad en nombre de una ética social. Tal diaconado no se identificará jamás con un partido, sino que toma partido en favor del hombre oprimido por las estructuras de la sociedad moderna. Una vida cultural que no desemboca en la responsabilidad política encuentra su fin en sí misma y pierde su razón de ser. Paralelamente, un diaconado político que no permanece unido al culto degenera en simple activismo político, que fija sus propios objetivos. También pierde su razón de ser, porque, entonces, este diaconado no toma partido en favor del hombre, no es una "Iglesia para los otros", sino una ideología política con algunos lazos eclesiástico-religiosos. Por dicha razón, entre culto y compromiso político no se deberá hacer una síntesis probablemente prematura, sino que deberán mantenerse una relaciones objetivas dirigidas por una reflexión crítica. Y

para esto hace falta bastante más que un sermón o una discusión crítica. Lo que hace falta es comprender mucho más profundamente esta noción de relación entre el culto y el compromiso político, es un sentido próximo al de comunión, con lo que nos aproximamos a la realidad evocada por la santa cena. La santa cena supone una comunión con el cuerpo de Cristo; lo cual no quiere decir con la cabeza, sino con la cabeza y los miembros. Estos miembros no son sólo la gente piadosa, o los cristianos. Supuesto que Cristo se identificó con los hombres oprimidos de todos los tiempos, éstos le pertenecen, consten o no como cristianos. Esta referencia a la vida sufriente estaba marcada de forma muy viva en la Iglesia antigua, y nosotros, en nuestra sociedad del bienestar, hemos de buscar una revitalización no artificial de las eucaristías, por caminos que conduzcan al encuentro con la realidad dolorosa de la vida (los sacerdotes obreros van por estos caminos). Lo que resulta decisivo es que la vida cultural se deje apelar por el mundo en su miseria. Así el culto podría convertirse en la manifestación de la Realidad que viene al seno de las realidades deprimentes de este mundo.

Conclusión

Para terminar, y resumiendo, el diaconado político se podría esquematizar en tres puntos:

- 1) Significa un compromiso crítico con la sociedad, con lo cual no tiene aún nada de específico, si no es porque actúa desde el culto, o sea movido por Dios. Esta crítica será lo más radical, pero tendiendo hacia la gracia de la reconciliación, porque es un "sí" pronunciado desde un "sí" más amplio. Es una crítica de la sociedad no determinada por la ley de la negatividad, sino que busca la transformación de la sociedad que critica.
- 2) El diaconado político significa una toma de partido en el seno de la sociedad. No quiere esto decir esclavizarse a una ideología, sino tomar partido al modo de Cristo, según lo cual, uno se compromete al servicio de los proscritos de la sociedad.
- 3) Un diaconado político significa, y es lo más importante, una esperanza para el mundo. Tampoco esto es específico de esta diaconía, porque es común a todos los movimientos progresistas. Sólo en el horizonte de la esfera cultural la esperanza cristiana recibe su especificación, porque se basa en el futuro que viene. Los filósofos actuales de la esperanza no conocen esta esperanza, porque la suya está condicionada por la esperanza futurista, basada en una interpretación optimista de la realidad que intentan verificar. Un diaconado político no puede fiarse jamás de estos optimismos, porque, si hunde sus raíces en la vida cultural de la Iglesia, conocerá la terrible realidad del mal en el mundo, para lo cual no se puede encontrar solución ni en el evolucionismo, ni en la dialéctica, ni en el moralismo. Y, sin embargo, esta realidad nefasta ha sido revolucionada en la Cruz y en la Pascua. Precisamente por esto, el diaconado político puede subsistir en el mundo del mal personal con la única condición de estar fundado en la fe "que espera contra toda esperanza" (Rm 4, 18).

Para el cristiano, un compromiso político auténtico no es posible más que bajo la forma de un diaconado social enraizado en la vida cultural, al mismo tiempo que un verdadero culto cristiano no es posible en la actualidad si no se expresa incluso en el terreno político-social, como un testimonio de la acción de Dios en el mundo.

Tradujo y extractó: RAMON RIBAS